

LA LENGUA HISPÁNICA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL
D. JOSE IBAÑEZ MARTIN, EN LA FIESTA DEL IDIOMA
ESPAÑOL, CELEBRADA EN SEVILLA CON MOTIVO
DEL V CENTENARIO DE ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

DESPUÉS de las elocuentes, eruditas y poéticas palabras que, como homenaje de la Real Academia Española al excelso fundador de nuestro idioma han resonado en estos ámbitos ilustres, casi huelgan por completo las mías. Todo me sobrecoge y me emociona, porque todo rezuma aquí grandeza y patriotismo ejemplar. Este Alcázar, con su luz de hechizo y el prestigio de su fábrica y de su jardinería, se me antoja poblado de fantasmas de historia, en los que imaginativamente contemplamos desde la algará almohade, con sus ceñidos turbantes y sus blancos indumentos, creadora del primer recinto del palacio, hasta la gloria perenne de dos monarcas, cumbres enhiestas de nuestra baja Edad Media, para los que hay dos «agnomen» de antonomasia histórica española y sevillana, el Rey Santo y el Rey Sabio. Y aún se dibuja con su perfil enigmático y apasionado, con su siniestro fulgor de leyenda y de drama, la personalidad justiciera de don Pedro, a quien estos alcázares y estos jardines deben su más gallarda inmortalidad. Pero aquí, sobre todo —el recuerdo lo arranca inexorablemente el tono de los discursos y el motivo mismo de la conmemoración— está como pre-

sente la sin par Reina Católica, que a este palacio vino a dar a luz su primer hijo varón, el que pudo ser la mejor esperanza de la España una, agostado en plena juventud, tras los amores con la bella princesa austríaca, tan sabedora como él de la embriaguez de aromas y de reflejos luminosos de estos patios, de estos arriates, de estas fuentes y bosques floridos. Y aquí, en fin, anida —no tenéis más que pasear la vista por este salón— la gloria imperecedera de nuestro gran César Carlos V, que si en la lujosa y espléndida tapicería, festoneada de rotundos hexámetros latinos, se nos presenta como Marte guerrero, vencedor de Túnez, dejó en este lugar, cual prenda de su embeleso tras la luna de miel con la reina blanca, marfileña y diminuta, honor de la paleta del Tiziano, el recuerdo permanente de una nueva fábrica, definitivo ornato del Alcázar bético.

Todo este ambiente de noble enjundia española eleva la presión del más enervado patriotismo y nos sirve de apoyo para meditar, al calor del acontecimiento que festejamos, en la eterna idea y en el perpetuo destino de lo que llamamos *hispanidad*. Ninguna tierra puede con razón gloriarse, como Sevilla, de haber sido madre de este concepto feliz, que supera por su entraña futura al propio y prestigioso valor histórico de la occidentalidad europea mediterránea. Año por año, desde finales del siglo xv, va tejiéndose principalmente en Sevilla y su comarca la gigantesca epopeya que arranca del hecho más grande de la historia, después de la Redención. Porque Sevilla fué el punto de partida de la mayoría de las expediciones colombinas, y sevillanos formaron el elenco de «la Niña» en el primer viaje del Almirante. De aquí partió y aquí se cerró el periplo de Magallanes, y fueron las aguas del Betis las que acogieron a la nave jadeante de Elcano, religiosa y simbólicamente llamada «Victoria», única superviviente de la hazaña de haber volteado por vez primera la redondez del planeta. Desde entonces la vieja Híspalis, otrora madre de césares y emperadores romanos, es sede y metrópoli de la hispanidad en apogeo. Aquí, en Castilleja de la Cuesta, en los umbrales de la ciudad, viene a acabar sus días llenos de vivida epopeya, la flor y nata de los conquistadores: Hernán Cortés, como si añorara la vecindad mortuoria del mausoleo donde en la Catedral

sevillana duerme la fatiga de su genial odisea el descubridor de América. Aquí se aposenta y se desarrolla la Casa de Contratación, eje de nuestra economía y de nuestro comercio con el Mundo Nuevo. Sevilla es puerto y faro que alumbra y guía expediciones de marinos y navegantes. En la vieja institución docente que albergó el palacio de San Telmo, se gradúan los grumetes de la Real Armada de las Españas, bajo la protección de Nuestra Señora del Buen Aire, rumbo y escudo de tantas y tan nobles ambiciones trasatlánticas que ensancharon y apretaron nuestro poderío y fundamento onomástico a orillas del Plata, de una gran ciudad, cuyo nombre de Buenos Aires tantos ecos de amor despierta y mantiene en lo más íntimo de nuestros corazones estremecidos. De aquí irradia el celo apostólico de la España misionera y civilizadora, que encuentra en las Casas el primer intransigente paladín. Aquí, finalmente, como compendio hazñoso de tanto portento, bajo la pétreo mole herreriana del Archivo de Indias, notario mayor del Nuevo Mundo, se guardan en preciados legajos todas las verdades de una historia que dió alas a la fe, al valor y a la majestad de los españoles.

Pero con ser tan brillante esta ejecutoria, Sevilla había de ostentar otra más de trascendencia inigualable. Allá en los esteros del Guadalquivir, en la pintoresca tierra marismeña, donde Estrabón, Ptolomeo y Plinio recuerdan a la historia la existencia de la vieja ciudad Nabrissa, cuyo origen rodea Sillio de mitológico ornamento, vino al mundo, hace ahora medio milenario, y como un regalo de Dios a las letras hispanas, el insigne polígrafo Elio Antonio de Nebrija. De su vida y de su genio habéis oído y oiréis las mejores alabanzas en estas fiestas centenarias. Fué ante todo y sobre todo un espíritu humano, en el perfecto sentido del vocablo. Pues si espigó por los campos de Italia las gracias clásicas del Renacimiento, supo humanizarlas con alma de hispanidad y rendirlas en ofrenda a aquella gran patria unificada, con la mejor voluntad de servicio y la más fervorosa abnegación. Es obvio extrañarse del olvido en que la memoria del preclaro humanista ha vivido entre nosotros, no obstante ser tan contundente el catálogo de sus grandezas. De España ha venido muchas veces la luz y, como en el Evangelio, han surgido en todas

las etapas de la Historia muchos ciegos que no han querido ver. Porque Nebrija no es sólo el primer humanista de la España imperial, aunque este título es más que suficiente para diseñar una figura cumbre y excelsa. Que si tradujo a la catolicidad las pagánias del Renacimiento en los albores del siglo XVI, su empresa adquirió aire marcial y de combate desde el punto de vista científico. España debe a Nebrija el haber purificado con el torrente lustral de su ingenio y de su erudición las impurezas pedagógicas de la educación medieval, entronizando las auténticas humanidades grecolatinas en las aulas universitarias, para fertilizar con el latín de Cicerón y Virgilio el plantel de las mejores generaciones de nuestro Siglo de Oro. Y aun esto no pasaría de ser una gloria puramente vernácula, si el Nebrisense, con su inigualado esfuerzo gramatical, no hubiera creado todo un sistema científico, anticipándose en Europa a los primeros filólogos clásicos, y manteniendo doctrinas que aun hoy día viven en el campo tan cultivado de la Filología contemporánea.

Pero no es de este lugar el recuento y examen de lo que significa Nebrija en la historia universal de la cultura. Lo que hoy nos congrega aquí es sencillamente un hecho, entre tantos, el más significativo quizá del valor nacional que representa el ilustre polígrafo. Es el idioma español; es la lengua sonora y eterna de Castilla, que en manos del Nebrisense adquiere su forma constitucional definitiva, para ser vehículo de expresión del Nuevo Mundo que nace e instrumento vital para la cristianización de un continente ignoto. Es la esencia de la hispanidad; el motivo indiscutible, el carácter que hoy apiña y une por la fuerza vincular de la cultura al mundo hispánico en un haz común y fraterno. Nebrija, señores, funda el idioma castellano. Su Gramática, publicada en 1492, es la primera de la lengua hispánica, y la primera también entre todas las de las lenguas romances. Habían de pasar varios lustros para que aparecieran las de las lenguas hermanas en la comunidad latina: la italiana es de 1525; la francesa, de 1530; la portuguesa, de 1536.

Mas no nos detengamos en sutilezas de análisis científico. Si en aquella primera Gramática española ya alborean tendencias histórico-lingüísticas que suponen una anticipación a todo intento de filo-

logía románica, Nebrija, al escribirlas, casi podríamos decir que no las valoró en toda su magnitud. El quería, sobre todo, sistematizar y constituir con fuerza permanente un instrumento sólido de expansión, al servicio de las grandes ideas que definen la hispanidad. Si Nebrija recordó a la reina Isabel en el prólogo de su obra las grandes leyes lingüísticas de los idiomas fundamentales de la historia humana fué para razonar la incontrovertible verdad de que la lengua es compañera inseparable del imperio, y que ningún medio sobrepuja en eficacia a esta suprema facultad y expresión del espíritu, para toda iniciativa política que se inspire en el afán apostólico de esparcir la civilización cristiana. Así, no se constituye nuestro idioma con ninguna mira material, ni lo define como lengua común que se superpone a las demás variedades peninsulares una mera razón de hegemonía política. La hispanidad en ese sentido lleva de ventaja, lingüísticamente hablando, a lo que podríamos llamar la *helenidad*, que consagra el ático como lengua de la *coiné*, o a la romanidad, que impone el latín como lengua común por el prestigio de las armas y del derecho, un característico sentido religioso. Y este sentido religioso es alma y motor de nuestra cristalización lingüística, lo mismo en el momento de irse forjando la unidad nacional, cuya conciencia empieza a sentirse entre los españoles en el siglo XIII al calor de la Cruzada contra el Islám, que en el instante supremo en que, lograda aquella unidad en 1492, surge la expansión civilizadora con criterio apostólico y misional. Y otro tanto diríamos de las lenguas comunes románicas. No hay en la producción de nuestro idioma el motivo de influencia política y burguesa que, al decir de los propios lingüistas franceses, engendra la lengua común en el país vecino, por el ejemplo de la que se habla en París, ni la razón literaria que fija al italiano como lengua común en el siglo XIV, por el módulo del florentino, avalado por el prestigio y la preponderancia de Dante, Petrarca y Boccaccio. El español nace con destino de lengua evangélica, y su imperio responde a móviles de la más pura índole espiritual. Y no distinta finalidad presupuso la Reina Católica para la sistematización de la Gramática realizada por Nebrija. Una y otro, con mente profética, adivinaron que iba a apa-



recer un nuevo mundo, para sembrar en él, con el idioma de Castilla como instrumento, la verdad de Dios.

Y he aquí hoy la importancia de este hecho, afianzado por la secuencia de los siglos. Somos hermanos de América por el habla, por la expresión psicológica y racial. Una misma voz, un coro unísono, define a la hispanidad, cuando prorrumpe en el lenguaje, que, con razón, se ha llamado lo más humano del hombre, no sólo por el motivo antropológico diferencial, sino por cuanto supone de energía constante del espíritu. Balbucimos de niños los mismos sonidos; aprendemos a rezar en la misma lengua, de amplias y ricas resonancias; se llaman igual nuestras ciudades y nuestras calles; nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas tienen los mismos nombres; se escriben de manera semejante nuestros libros y nuestra prensa; nos entendemos a través de las ondas del éter; son una misma pieza nuestra literatura y nuestra poesía; tiene, en suma, un mismo verbo nuestra alma. La lengua de Nebrija resuena igual en la meseta castellana y en la llanura andaluza, que en las cumbres de los Andes o en las fuentes del Amazonas, o en las orillas del Plata o en las faldas del Chimborazo. Porque fué esa lengua la que, llevada en alas de la más noble ambición española, hizo posible en América la primera escuela, la primera imprenta, el primer libro, la primera Universidad; la que cifró el común denominador de toda nuestra cultura, la que produjo, en fin, esa comunidad inderrocable, so pena de arrasarse varios siglos de historia y alterar la sustancia constitutiva de los veinte pueblos que en alianza de espíritu y en parentesco de sangre forman la hispanidad.

Mas no nos presentamos a este centenario del fundador de la lengua española con meras palabras, ni venimos sólo a exaltar líricamente el concepto inmutable de los vínculos culturales que nos enlazan con Hispanoamérica. La España de Franco ha querido hacer eje de su política cultural con los pueblos hermanos, un conjunto de realizaciones prácticas, de algunas de las cuales comienza ya en estos momentos a sentir legítimo orgullo, así como de otras las más lisonjeras esperanzas.

Ya, al terminarse la guerra civil española y constituirse el Go-

bierno de la paz, quiso el Estado iniciar el intercambio docente con los países de América, y a este objeto creó en sus presupuestos cien becas para estudiantes hispanoamericanos. Estimaba de importancia suma esta comunicación espiritual para hermar intímicamente las ilusiones de nuestras juventudes, haciendo efectivo el conocimiento mutuo, a la par que la formación común. Se enlazaba tal medida con el propósito, por fortuna ya en vías de magnífica realidad, de reconstruir la Ciudad Universitaria madrileña, donde pudieran albergarse, para diversos estudios, cuantos alumnos de habla española lo desearan. Si es verdad que este intercambio aún no ha sido todo lo fecundo que hubiera sido preciso, causas ajenas a nuestro deseo, y de ellas en primer término la guerra mundial, fueron el óbice inevitable. Pero recuperada la paz del mundo, España está en condiciones de abrir sus brazos para esta santa hermandad de la cultura a los escolares de América, ya que en todas las Universidades van surgiendo los núcleos educativos oportunos, que, con el viejo nombre de Colegios Mayores, son verdaderos hogares donde el alumno se forma íntegramente en la plenitud de sus cualidades intelectuales, morales y físicas. Precisamente aquí, en Sevilla —uno de estos días seréis testigos de la verdad de mi aserto— están muy adelantadas las obras de una Residencia para estudiantes hispanoamericanos, que se llama Casa de Santa María del Buen Aire. En la suave colina de Castilleja de Guzmán, verdeante de olivos, se ha conseguido, por gracia de los inspirados manes del patriarca de los arquitectos hispalenses, don Juan Talavera, y de Forestier, el poeta de los jardines, que hace años los dejó allí trazados con exquisitez primorosa, dar realidad al sueño de la más conmovedora fantasía. El Colegio Mayor de Santa María del Buen Aire será el más bello rincón escolar de España y la más delicada ofrenda que el caudillo Franco dedica a la juventud del otro lado del mar.

Nos importa mucho el intercambio, pero nos importa también acrecentar y enriquecer la sustancia de la cultura. Ya desde que se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se propuso el Estado enlazarlo firmemente con los pueblos de América, para lo que fundó en él la Comisión Hispanoamericana. Pero era impres-

cindible, además, dotar al propio Consejo de un órgano investigador, consagrado íntegramente a la historia de América en toda su amplitud. Y así surgió el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», que, en los pocos años que lleva de vida, ha sabido acreditar sólidamente su revista «Indias» y ha editado publicaciones de notorio valor, en las que han colaborado a una españoles y americanos. Para acentuar aún más este afán investigador de la historia de América, de la que es cantera inagotable el Archivo de Indias, se fundó aquí la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, primer ensayo fructífero de un amplio sistema de cultura americanista, cual ha sido después la creación en las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Sevilla de una Sección dedicada a la historia de América, la cual no tardará en producir Licenciados y Doctores en un conjunto de disciplinas que abarcan lo histórico, lo lingüístico y literario, lo religioso y lo jurídico, en relación con la América del pasado y del presente.

No quiero fatigar vuestra atención con la alusión prolija a la serie de hechos que, en orden a la política cultural con Hispanoamérica ha prodigado la España de Franco, a través de sus distintos departamentos ministeriales. Sin ir más lejos, todos los días, a través de las ondas, en emisiones variadísimas que exhiben lo mejor de nuestra vida, nuestras letras y nuestro arte, España acusa los latidos de su corazón y tiende la diestra a los pueblos de allende el mar. Pero es inexcusable mencionar, por lo menos, otras dos recientes creaciones de sugestiva belleza y eficacia indudable. Coronando la entrada de la Ciudad Universitaria de Madrid, se alzan ya los muros del Museo de América, copioso arsenal y tesoro de exvotos de cuatro siglos de grandeza común. Allí, día a día, las generaciones juveniles aprenderán la mejor de todas las lecciones: amar a América, que es amar a España, sentirse unidas a los pueblos fraternos del Atlántico y del Pacífico, con vínculos de sangre, de religión y de lengua, como índice y ejecutoria perenne de que no muere la civilización latina, por mucho que quieran aniquilarla las mesnadas torvas del oriente asiático. La otra realización está aquí, en Andalucía, en la orilla misma de las tres carabelas. Es la Universidad de Verano de Santa María de la Rábida, cara al mar, por donde se perdiera en el horizonte la flo-

ta colombina, y junto al Monasterio que cobijó la fatiga del Almirante y dió alas a su ensueño descubridor. Allí, durante todos los estíos, los estudiantes hispanoamericanos de Santa María del Buen Aire completarán estudios o continuarán trabajos, al amparo del intercambio universitario que los pondrá en relación con los profesores de la Península.

Tal es el haber con que nos presentamos al centenario del fundador de la lengua española. Un haber de renovación cultural, que abarca aquí mismo, en Sevilla, los más variados aspectos, como prueba fehaciente de la fecundidad insólita de Franco en el renacimiento científico y cultural de la nación.

Y como ofrenda final, como recuerdo de este acto y de estos días de íntima solidaridad y compañerismo, yo haré llegar a todos vosotros, en nombre del Caudillo de España, un libro inmortal, cuya edición facsímil ha sido impresa precisamente para este Centenario. Es la primera Gramática de la lengua española, la lengua de 1492, que es nuestra lengua y vuestra lengua, la que, codificada por Nebrija, os llevaron a América nuestros mayores con el propósito feliz de que por ella nunca se desuniera nuestra soldadura espiritual, de que fuera siempre una nuestra fe y nuestro destino, tanto en la prosperidad como en el infortunio. Recibid esa Gramática como símbolo puro de que España sigue en pie viviendo de su propia e inconsumible sustancia histórica, frente a todos los avatares del mundo, porque continúa su camino, fiel a los ideales supremos que, por providencia de Dios, inspiraron la epopeya de la hispanidad.